

**ENTRE SÍMBOLO DE ORDEN Y EMBLEMA DE LA DICTADURA.
LA MEMORIA DE EMILIO CASTELAR DURANTE
LA SEGUNDA REPÚBLICA**

*BETWEEN SYMBOL OF ORDER AND EMBLEM OF DICTATORSHIP.
THE MEMORY OF EMILIO CASTELAR DURING THE SECOND REPUBLIC*

Lara Campos Pérez*

Instituto Politécnico Nacional, México

RESUMEN: La presencia de la memoria de la Primera República durante la Segunda fue abrumadora y, dentro de ella, la de su último presidente, Emilio Castelar, ocupó un lugar propio, no solo dentro de las culturas políticas republicanas, sino en todos los segmentos del arco político, ya que, en mayor o menor medida, todos ellos encontraron en su uso algún elemento con el que legitimar sus posturas presentes. Este artículo se centra en analizar esos distintos significados asociados a la memoria del político decimonónico, así como en dilucidar qué aspectos políticos y sociales de la Segunda República se trataron a través de ella. Para ello, se utilizan como fuentes tanto monografías especializadas y libros de carácter divulgativo y/o didáctico publicados en esos años, como editoriales de la prensa periódica y discursos pronunciados dentro y fuera del Congreso por algunos de los actores políticos más relevantes. Todo ello, precedido de un rápido recorrido por la imagen y las representaciones del orador gaditano durante la Restauración, permite mostrar un mapa de los usos sociales que tuvo la memoria de Emilio Castelar a lo largo de la Segunda República.

PALABRAS CLAVE: memoria, representación, Primera República, Segunda República, Emilio Castelar.

ABSTRACT: *The presence of the memory of the First Republic during the Second was overwhelming, and within it, that of its last president, Emilio Castelar, occupied a unique place, not only within republican political cultures but in all segments of the political spectrum, since, to a greater or lesser extent, all of them found in its use some element with which to legitimize their present positions. This article focuses on analyzing those different meanings associated with the memory of the nineteenth-century politician, as well as elucidating which political and social aspects of the Second Republic were addressed through it. To do this, sources such as specialized monographs and books of a popular and/or didactic nature published during those years are used, as well as editorials from the periodic press and speeches delivered inside and outside the Congress by some of the most relevant political actors. All of this, preceded by a quick overview of the image and representations of the Cádiz orator during the Restoration, allows for a mapping of the social uses that the memory of Emilio Castelar had throughout the Second Spanish Republic.*

KEYWORDS: *memory, representation, First Spanish Republic, Second Spanish Republic, Emilio Castelar.*

* **Correspondencia a / Corresponding author:** Lara Campos Pérez. Avenida Ticomán 645, Colonia Santa María Ticomán, Alcaldía Gustavo A Madero, Ciudad de México, México — lara_camposperez@yahoo.es; mcamposp@ipn.mx — <https://orcid.org/0000-0003-0334-6544>

Cómo citar / How to cite: Campos Pérez, Lara (2025). «Entre símbolo de orden y esquema de la dictadura. La memoria de Emilio Castelar durante la Segunda República», *Historia Contemporánea*, 77, 163-191. (<https://doi.org/10.1387/hc.26116>).

Recibido: 5 marzo, 2024; aceptado: 3 octubre, 2024.

ISSN 1130-2402 — eISSN 2340-0277 / © UPV/EHU Press



Esta obra está bajo una Licencia

Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional

La Primera República formó parte importante de la memoria histórica de la Segunda y, dentro de esta, la figura de Emilio de Castelar tuvo un lugar propio. A pesar de las casi seis décadas que habían transcurrido desde aquella primera experiencia de gobierno republicano y democrático, su memoria, lejos de haberse diluido en el torrente del tiempo y de la historia, se había preservado gracias a una tenaz transmisión intergeneracional, en la que participaron numerosos agentes, aunque guiados por motivaciones de diversa índole. Por eso, el recuerdo de aquel episodio histórico llegaba al 14 de abril de 1931, después del estímulo recibido durante la dictadura de Primo de Rivera¹, cargado de nuevos bríos, aunque también más dividido que nunca en cuanto a sus significados.

Durante la Restauración, dos habían sido las interpretaciones que de forma preponderante se le habían dado a la República de 1873, así como dos fueron los cauces principales a través de los que se socializó su memoria. Una de ellas, de naturaleza conservadora y antirrepublicana, había hecho de aquel episodio histórico el epítome de la anti España, es decir, había convertido aquel proyecto político en la mayor concentración de contravalores que se había producido hasta entonces en la historia del país —caos, anarquía, irreligión o desintegración nacional—, lo que permitía justificar la ilegítima restauración monárquica de diciembre de 1874, precedida de un golpe de Estado y de un pronunciamiento militar. Dada la función que desempeñó dentro de la política oficial, esta memoria gozó de amplios espacios para su difusión, como publicaciones periódicas o manuales escolares, además de obras especializadas, entre las que destaca la *Historia de los heterodoxos* de Menéndez Pelayo, que fue, durante décadas, la que marcó el canon del relato².

La otra interpretación fue la atesorada por los republicanos, para quienes la experiencia de 1873 había constituido la primera pero real prueba de que el ideal en el que creían podía convertirse en realidad, por muy perfectible que pudiera ser esta. Debido a la posición que estos tuvieron fuera de los márgenes de la política oficial, esta memoria fue elaborada y transmitida en espacios de sociabilidad propios y a través sobre todo de la prensa afín³. A estas dos grandes interpretaciones de la Primera Repú-

¹ Ben-Ami, 1991: 85-100; Juliá, 1995: 270-280.

² Jover Zamora, 1991: 53-91.

³ Duarte, 2009: 35.

blica, a partir de los años 20 se sumó una más, procedente del movimiento obrero, que también encontró en la gestión de la memoria de la experiencia republicana decimonónica una forma de legitimar sus aspiraciones presentes y futuras.

Emilio Castelar, cuarto y último presidente de aquella Primera República y uno de los primeros creadores de los mitos negativos con los que estuvo envuelto su recuerdo⁴, formaba asimismo parte de la memoria y de la historia de aquel episodio. Sin embargo, a diferencia de otros protagonistas del mismo, como Estanislao Figueras, cuya actuación quedó pronto desdibujada incluso en el imaginario republicano⁵, o como Francisco Pi y Margall, cuya imagen mítica blindó al personaje, dificultando que, sobre todo dentro del republicanismo, se operasen transformaciones o resignificaciones⁶; la memoria y la imagen de Emilio Castelar fue larga y polisémica. Identificado por unos con un conjunto de valores como el orden, el pragmatismo o el patriotismo, para otros, por el contrario, se convirtió en símbolo de la traición, del travestismo ideológico y del trerianismo⁷.

En las siguientes páginas analizaremos la gestión que se hizo de la memoria del orador gaditano dentro de las tres grandes culturas políticas que convivieron en la España de los años 30: la republicana, la conservadora antirrepublicana y la del movimiento obrero (intentando reflejar, aunque sea mínimamente, los múltiples matices existentes en cada una de ellas). Dado que las culturas políticas están conformadas por el entramado de los valores y principios ideológicos propios de un determinado grupo, pero también por sus percepciones y sus prácticas simbólicas⁸, cuya construcción está frecuentemente mediada por la instrumentalización del pasado, con este acercamiento a la historia social de la memoria de Emilio Castelar durante la Segunda República se pretende indagar, por una parte, sobre el lugar que ocupó el personaje dentro del imaginario político y social de aquellos años, y, por otra, respecto a los distintos significados que se le asignaron, determinados por la agenda política de los diferentes segmentos del arco ideológico en aquel momento. Es decir, en las siguientes páginas no nos ocuparemos ni de la vida ni de la obra del «ruiseñor de la

⁴ Jover Zamora, 1991: 53-73.

⁵ Duarte, 2024: 145-148.

⁶ Gabriel, 2004: 49-68.

⁷ Orobon, 2024: 136-140.

⁸ Cabrera, 2010: 19-86.

democracia»⁹, ni tampoco excesivamente de la verosimilitud de los datos proporcionados por los autores que vamos a citar, sino que el foco se centra en señalar los usos políticos que se hicieron de su memoria en la España de los años 30¹⁰. Pero, antes de entrar de lleno en ello, resulta imprescindible referirse, aunque sea brevemente, a los imaginarios que en torno a Emilio Castelar se generaron y circularon durante la Restauración.

La memoria de Emilio Castelar durante la Restauración

Como mencionábamos antes, la imagen de Emilio Castelar, ya desde la Primera República, estuvo sujeta a una doble lectura, cuyos rasgos caracterizadores se fueron profundizando a lo largo de la Restauración. En su interpretación positiva, a la que el propio Castelar contribuyó de forma decidida, fue identificado con los valores a los que nos referíamos más arriba. Así, el orador gaditano era emblema de orden, en tanto que fue el único de los expresidentes de la República de 1873 que aplicó medidas energéticas con las que paliar el supuesto estado de anarquía en el que vivía el país; era encarnación del pragmatismo, pues abogó por la república posible, por encima de utopías irrealizables; pero, sobre todo, era símbolo de patriotismo, ya que, ante la artera disyuntiva que él mismo planteó al final de su labor al frente del Ejecutivo de tener que elegir entre la república o España, él había optado por esta última, con lo que implícitamente insinuaba la incompatibilidad de aquella forma de gobierno con las esencias nacionales. Este planteamiento, como veremos, fue capitalizado por el conservadurismo antirrepublicano y tuvo, asimismo, una deriva en los ambientes castrenses¹¹, en donde la figura de Castelar normalmente gozó de simpatía y reconocimiento, por haber sido, en la coyuntura de 1873, quien había devuelto a esta corporación la potestad de fungir como salvaguarda de la nación¹². A estos valores, se unían otros rasgos de la vida

⁹ Para una biografía seria de Castelar, continúa resultando fundamental Llorca, 1966; también puede consultarse Vilches, 2001.

¹⁰ Sobre la historia social de la memoria y los usos políticos de la misma, dado lo extenso de la bibliografía existente, remitimos para un análisis relativo al caso español a Cuesta, 2008; y Pérez Garzón, 2010.

¹¹ Pro, 2015: 217.

¹² *El Correo Militar* le dedicó, sobre todo durante los primeros años de la Restauración, varios editoriales en los que se aludía explícitamente a esto. Véase, por ejemplo, 18 de enero de 1886; 5 de mayo de 1886, etc.

profesional del personaje que contribuían a la conformación de esta imagen positiva, entre ellos, por una parte, sus dotes para la oratoria y, por otra, su reconocimiento en el ámbito internacional¹³.

En la conformación de esta imagen positiva de Castelar participaron numerosos agentes, procedentes algunos del republicanismo, mientras que otros —más si cabe— de las filas del monarquismo, sobre todo de los que pasaron a integrar el Partido Fusionista liderado por Sagasta, con el que coqueteó en numerosas ocasiones el tribuno republicano¹⁴. Durante los años que siguieron al golpe de Estado de Pavía, cuando su imagen se encontraba abiertamente cuestionada dentro de las filas republicanas de resultas de su posible involucramiento en él, algunos literatos, como Núñez de Arce o Juan Valera, a pesar de su declarada oposición ideológica hacia Castelar, salieron en su defensa para demostrar que su actuación había sido lo único salvable de aquel proyecto político. Así, el primero de ellos le dedicó una de sus composiciones de *Gritos del combate*, en donde era presentado como un soñador ingenuo desbordado por su propia fantasía, pero en quien el poeta todavía confiaba, pues en su mano aún estaba la posibilidad de salvar a España o matarla¹⁵. Valera, por su parte, en aquellas mismas fechas, se refería a Castelar como un hombre afable, de ferviente amor a la patria y de indiscutible rectitud de miras, que, tras abandonar el «absurdo federalismo», abanderaba una causa política en su opinión loable¹⁶.

En una tónica similar, en *La Iberia*, órgano del partido sagastino, se rememoraba, dos años después de que hubiera tenido lugar, la que se caracterizaba como «su heroica actuación» en la jornada del 23 de abril de 1873, cuando, tras el intento de golpe de Estado de los radicales, él había intercedido personalmente para que aquellos diputados salieran ilesos de la Asamblea¹⁷. Pero, sin duda, fue el diario *El Globo*, fundado por el propio Castelar en 1875, el medio que más empeño puso en difundir esa imagen positiva. En vida de él, prácticamente a diario era traído a colación, ya fuera para exaltar sus dotes como literato e historiador, su actividad dentro de la diplomacia cultural internacional o sus discursos en el Congreso. En cada una de estas alusiones no se dejó de subrayar las aptitudes

¹³ Orobon, 2024: 139.

¹⁴ Llorca, 1966: 291-292.

¹⁵ Núñez de Arce, [1875] 1885: 135-139.

¹⁶ *El Globo*, 23 de enero de 1876.

¹⁷ *La Iberia*, 21 de abril de 1875.

de quien, para este medio, era una de las mayores glorias españolas de todos los tiempos¹⁸.

Tras su fallecimiento, ocurrido el 25 de mayo de 1899, se produjo una ola de fervor castelarino, que envolvió incluso hasta a sus acérrimos enemigos, entre quienes destacaba, como es sabido, Pi y Margall, que, con tal motivo, si bien no exaltó la figura del político, sí reconoció las virtudes del intelectual y del académico¹⁹. Dentro de la prensa dinástica, cabeceras como *El Imparcial* o *La Época* le dedicaron extensos editoriales en sus primeras páginas, en donde no escatimaron elogios respecto a su patriotismo, su espíritu democrático y su elocuencia oratoria. Castelar era una «gloria nacional», un republicano «universal», apuntaba este último diario, que adquirió «personalidad propia y distinta» al resto de sus correligionarios, cuando actuó de manera enérgica para salvar a España de la anarquía en la que se encontraba sumida²⁰. Por su parte, dentro de la prensa republicana, algunas de las cabeceras que hasta pocos días antes habían sido especialmente críticas con él, como *El País*, también le dedicaron unas últimas palabras de reconocimiento, tanto por su carrera política, como por sus aportaciones como académico²¹.

Pero fue, una vez más, en *El Globo*, donde aparecieron los comentarios más elogiosos y las necrológicas más enfáticas, así como también desde donde se propusieron algunos mecanismos para preservar su memoria en el futuro, como la acuñación de una medalla conmemorativa, en cuyo anverso aparecía representado un ser alado con una antorcha, que tomaba de la mano a un hombre mientras ambos miraban hacia el horizonte donde brillaba el sol de la libertad²². Asimismo, en las páginas de este diario se promovió una suscripción popular destinada a recaudar fondos con los que sufragar el conjunto escultórico que finalmente se erigió en el Paseo de la Castellana de Madrid. El monumento, obra de Benlliure, además de una escultura de bulto redondo del orador, representaba en su basamento, a través de un conjunto de figuras alegóricas, todos aquellos valores con los que se identificaba la interpretación positiva de Castelar: la libertad, el patriotismo o la erudición²³.

¹⁸ *El Globo*, 1 de marzo de 1878; 20 de enero de 1881; 12 de abril de 1887, etc.

¹⁹ *El Nuevo Régimen*, 27 de mayo de 1899.

²⁰ *La Época*, 26 de mayo de 1899.

²¹ *El País*, 26 de mayo de 1899.

²² *El Globo*, 25 de mayo de 1900.

²³ Orobon, 2024: 136.

En cuanto a su imagen negativa, esta estuvo asociada, como señalábamos más arriba, con contravalores como la traición, al haber abandonado el proyecto democrático y federal que había defendido durante los primeros años de su vida política; con el travestismo ideológico, al haberse pasado a las filas del posibilismo a partir de la Restauración; y con el pretorianismo, debido a su voluntad de gobernar sin límites parlamentarios y a la supuestamente excesiva confianza que depositó en el Ejército desde que ocupó la presidencia del gobierno en septiembre de 1873. Los principales promotores de esta imagen negativa fueron los propios republicanos, pues dentro de la política dinástica, como acabamos de reseñar, Castelar gozó de reconocimiento. Sin embargo, ya durante los meses de su actuación en la presidencia del Ejecutivo fue duramente criticado, entre otros, por Salmerón, quien, en el debate del 2 de enero de 1874 le reprochó su actitud autoritaria y su alejamiento de los principios democráticos, pues con ello había provocado la práctica desaparición de la república²⁴.

En todo caso, más que ningún otro, el gran impulsor y difusor de la imagen negativa de Castelar durante la Restauración fue Pi y Margall, ya que, entre los dos líderes republicanos existían importantes diferencias, que arrancaban, al menos, de 1866, a raíz de la polémica que habían mantenido en torno al papel que debían tener las clases populares en la política²⁵. Por eso, no resulta extraño que ya en el opúsculo publicado por Pi y Margall a los pocos meses del golpe de Estado de Pavía, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*, señalara a Castelar como el principal responsable de la caída del régimen, debido a su traición a las ideas republicanas y democráticas, a sus ínfulas dictatoriales y a su relación con el Ejército²⁶; planteamiento que sostuvo hasta el final de su vida, como se advierte en la narración que hizo junto a su hijo de aquel episodio en su *Historia de España en el siglo XIX*, publicada de manera póstuma en 1902²⁷.

Pero no sólo el líder del federalismo se encargó de crear y difundir esta imagen negativa, también otros republicanos, sobre todo aquellos que abanderaron durante estos años la opción más romántica y exaltada, como Ruiz Zorrilla —pero, más si cabe, sus seguidores— contribuyeron decidi-

²⁴ Llorca, 1966: 199-200.

²⁵ Peyrou, 2008: 450-460.

²⁶ Pi y Margall, 1874: 121-122.

²⁷ Pi y Margall y Pi y Arsuaga, 1902: 549-551.

damente a ello²⁸. Y, aunque lo hicieron también a través de la palabra, utilizaron sobre todo un lenguaje que hablaba a los ojos, el de la caricatura política²⁹, que les permitía conectar con segmentos más amplios de la sociedad y esparcir de forma más eficiente su mensaje. Así, en varias de las cabeceras ilustradas republicanas que circularon durante la Restauración en España, como *El Motín* o *Don Quijote*, menudearon representaciones satíricas de Castelar, en las que, cuando no aparecía travestido, intentando llevarse a los brazos a un Sagasta-niño, cuya madre Cánovas tenía amarrado con unas bridas³⁰; era degradado mediante el empleo de metáforas zoomórficas, fundamentalmente aquella que hacía de él una cerda, que, vestida, por ejemplo, de domadora, obligaba a pasar por el aro de la monarquía a otros cerdos posibilistas³¹.

Tras el establecimiento de la dictadura de Primo de Rivera, aunque se mantuvo esta lectura dicotómica del personaje, se produjeron algunos cambios cuya apreciación resulta más clara a partir de los años 30. Por una parte, dentro de los simpatizantes del republicanismo, cuyo número aumentaba casi al mismo ritmo que se incrementaba la heterogeneidad de su procedencia, se redujo de forma considerable la imagen negativa de Castelar. Si bien de los cuatro expresidentes no era el más frecuentemente evocado, las referencias que se hacían a su persona y a su actividad política no estaban ya cargadas del resentimiento ni de la voluntad denigratoria de los lustros previos; algo hasta un punto normal en un momento de reagrupación del republicanismo. Así, por ejemplo, en la semblanza biográfica que apareció publicada en *El Liberal* con motivo de la efeméride del 11 de febrero de 1931, el orador gaditano era descrito como un gran patriota y como el «grandilocuente verbo de la democracia»³². Por otra parte, dentro del conservadurismo dinástico se afianzó su valoración positiva, hasta el punto de que el periodista y escritor Augusto Martínez Olmedilla, además de caracterizarlo como «ídolo del pueblo», consideraba que había sido en realidad el único de los cuatro expresidentes preocupado por salvar la república, por eso había propuesto la única vía posible,

²⁸ Sobre las diferentes culturas republicanas durante la Restauración, De Diego, 2009; una visión de conjunto en Duarte, 2013; sobre el republicanismo romántico y exaltado de Ruiz Zorrilla durante los primeros años de la Restauración, Higuera Castañeda, 2016: 281-325.

²⁹ Orobon y Lafuente, 2022: 9-32.

³⁰ *El Motín*, 17 de enero de 1886.

³¹ *Don Quijote*, 5 de mayo de 1893.

³² *El Liberal*, 11 de febrero de 1931.

la de la dictadura; sin embargo la envidia de sus correligionarios había impedido que esta se pudiera establecer, provocando con ello el golpe de Estado de Pavía³³. Finalmente, aunque dentro del movimiento obrero la rememoración de Castelar fue escasa, pues ni siquiera fue empleado como encarnación de contravalores —como sí lo habían hecho los republicanos federales durante la Restauración—, la paulatina incorporación de la memoria de aquel episodio dentro de su imaginario favoreció que al menos se aludiese a él en las páginas de la prensa afecta³⁴.

Con estos reajustes en los significados asociados a su vida y obra llegó la imagen de Castelar al 14 de abril de 1931. Durante los siguientes años, hasta el final de la Guerra Civil, la presencia de su memoria dentro de las distintas culturas políticas osciló en función de la utilidad que cada una de ellas le asignó, así como también estuvo influida por el discurrir de la vida política y social del país. En todo caso, como veremos en las siguientes páginas, hubo dos circunstancias que reavivaron su evocación: por una parte, la celebración del centenario de su natalicio en 1932 y, por otra, el decidido apoyo que Alejandro Lerroux comenzó a darle al Ejército después de la Revolución de octubre de 1934, claramente identificada con la postura adoptada por Castelar a partir de septiembre de 1873. Ambos hechos hicieron que la memoria del político republicano adquiriese mayor presencia dentro del imaginario político español, aunque bajo interpretaciones distintas.

Castelar en los imaginarios republicanos de los años 30

La pluralidad de proyectos republicanos que convergieron en los meses previos al advenimiento de la Segunda República, y que aun permanecieron unidos durante las semanas siguientes, comenzaron a partir de entonces a hacer explícitas sus divergencias respecto a cuestiones tan fundamentales como la forma de llevar a cabo las reformas sociales, la secularización del Estado o la organización política y administrativa de los territorios³⁵. Estas divergencias, que constituyeron una de las causas de inestabilidad de la República³⁶, tuvieron impacto en diversos ámbitos

³³ *ABC*, 15 de julio de 1928.

³⁴ *El Socialista*, 11 de febrero de 1926.

³⁵ Suárez Cortina, 2022: 311-345.

³⁶ Juliá, 1995: 253-291.

de la vida del nuevo régimen e influyeron también en la forma en que se gestionó la memoria de la República de 1873, de la que Castelar formaba parte.

Dicha memoria comenzó a ser recuperada a partir del 14 de abril por un número de actores mucho más amplio que en los años previos y a través de mecanismos más contundentes, pues contaron para ello con los potentes cauces de socialización del Estado, que por primera vez convertía la memoria republicana en memoria oficial. Así, en torno a la Primera República y a los cuatro hombres que la presidieron se crearon lugares de memoria, que incluyeron una conmemoración anual —la del 11 de febrero, Día de la República—, la erección de monumentos —como el dedicado a Pi y Margall en Barcelona o a Castelar en Elda—, cambios en el nomenclátor de ciudades y pueblos —Alhama la Seca en Almería pasó a llamarse Alhama de Salmerón—, o la acuñación de sellos postales con el retrato de los expresidentes, a los que se añadió durante el primer bienio la efigie de Pablo Iglesias³⁷. Asimismo, la República de 1873 se convirtió en objeto de estudio académico —en estos años aparecieron las primeras monografías elaboradas por profesionales de la Historia sobre este periodo³⁸—, y su relato pasó a formar parte de los contenidos de los libros de enseñanza primaria. Además de esto, la prensa afecta al republicanismo aludió de forma ciertamente recurrente al episodio histórico, ya fuera como advertencia, para evitar incurrir en los mismos errores de entonces, ya como ejemplo del buen hacer del pueblo y de los líderes políticos en aquella coyuntura. Es decir, hubo una voluntad de memoria por parte del republicanismo en su conjunto —ya fuera de forma oficial o de manera particular—, cuyo objetivo parecía ser demostrar la raigambre histórica que esta forma de gobierno tenía en el país.

³⁷ Algunos aspectos sobre la recuperación oficial de esta memoria en Campos Pérez, 2016: 253-282.

³⁸ Como señaló Jover Zamora, la inclusión de la Primera República dentro del cauce de la historia contemporánea española en las Historias generales publicadas al final del siglo XIX ya había supuesto un reconocimiento de su importancia en el devenir del país (1991: 101-110); la elaboración de monografías por profesionales de la Historia implicaba equiparar la importancia de este episodio con otros como la Guerra de la Independencia. Entre las monografías aparecidas en estos años cabría destacar la de Enrique Espe-rabe y Arteaga, *España contemporánea. Las dos repúblicas. Reinado de los Borbones. El momento político*, de 1931; la de Antonio Puig Campillo, *Historia política de la Primera República. El cantón murciano*, de 1932; y la de Eduardo del Portillo y Carlos Primalles, *Historia política de la Primera República española*, también de 1932.

Don Emilio Castelar, en tanto que uno de los actores principales de aquella experiencia, fue asimismo recordado tanto por periodistas y académicos como por políticos. Sin embargo, como señalábamos más arriba, dentro del republicanismo existía una ambivalencia respecto a la interpretación de su vida y su obra, cuyas raíces se hundían en la vieja confrontación entre pimargallianos y castelarinos³⁹, que se mantuvo con escasas variaciones hasta los años 30. Dichas confrontaciones, parcialmente soslayadas durante la dictadura de Primo de Rivera, eran de naturaleza eminentemente ideológica y ponían en evidencia la oposición entre dos proyectos republicanos: uno de orientación democrática y otro de naturaleza autoritaria. Apelar a la memoria de Castelar desde dentro del republicanismo suponía, por tanto, asumir —o al menos simpatizar— simbólicamente con su proyecto político; es decir, el de una república de orden, apta a las jerarquías sociales, con un acceso restringido y controlado a ciertos derechos y libertades y presta a apoyarse en el Ejército para solventar *manu militari* cualquier disturbio social y político.

A pesar de que entre los numerosos partidos y agrupaciones políticas republicanas de los años 30 predominó la tendencia reformista sobre la rupturista —tendencia con la que se identificó tanto el Partido Reformista como el Radical, que quedaron a la derecha política de la Acción Republicana de Manuel Azaña⁴⁰— ninguno de ellos se definió públicamente como heredero de las ideas de Castelar; ni siquiera figuras como Miguel Maura o Niceto Alcalá Zamora, cuyos proyectos políticos podían tener mayores concomitancias con los del orador gaditano, se manifestaron en este sentido. Sin embargo, tácitamente, algunos actores políticos y sociales realizaron ciertos guiños con los que evidenciaron su decisión de situarse como los receptores del testigo dejado por el político gaditano, mientras que otros, probablemente de forma intencionada, buscaron alejarse de ese legado.

En este sentido, resulta esclarecedor el diferente manejo que se hizo de la memoria de Castelar desde el punto de vista oficial entre el primer y el segundo bienio; pues, mientras que bajo el gobierno encabezado por Azaña no se promovió ningún acto en relación con el personaje, ni siquiera con motivo de la conmemoración del centenario de su natalicio —algo que incluso le afeó un editorialista de *ABC*⁴¹—, durante la pre-

³⁹ Jover Zamora, 1991: 109.

⁴⁰ Suárez Cortina, 2022: 311-318.

⁴¹ *ABC*, 26 de noviembre de 1933.

sidencia de Lerroux, su recuerdo gozó de relativa presencia en los actos oficiales, aunque limitándose las referencias a su faceta como literato e historiador y soslayando cualquier alusión a sus ideas políticas, lo que, en todo caso, no evitó la percepción generalizada de que existía una continuidad en el proyecto de ambos políticos. Así ocurrió, por ejemplo, durante las celebraciones del 14 de abril de 1934, cuando Castelar fue evocado mediante la lectura de una selección de textos suyos en un acto presidido por el presidente de la República y el del gobierno⁴². Un año más tarde, en 1935, desde el Ministerio de Instrucción Pública se organizó en el palacio de Bellas Artes una exposición «de autógrafos y objetos de don Emilio Castelar, de gran interés para la biografía del ilustre tribuno español», cuyo objetivo era, según los promotores de la misma, acercar el personaje a la ciudadanía⁴³. De modo que fueron los radicales quienes, desde el punto de vista oficial, más se esforzaron por recuperar y socializar la memoria del orador gaditano; algo que podría resultar en principio paradójico, dado que, desde su fundación, el Partido Radical se definió como heredero de los planteamientos de Ruiz Zorrilla⁴⁴, uno de los grandes enemigos políticos de aquel; sin embargo, el pragmático y ecléctico pensamiento de Lerroux había logrado ir difuminando esa paradoja desde el arranque del siglo XX, con la intención de presentarse a sí mismo como el heredero universal de toda memoria republicana anterior a los años 30⁴⁵.

Pero, mucho más que en la gestión oficial —en la que, salvo Pi y Margall, los demás expresidentes tampoco gozaron de un tratamiento extraordinario—, el recuerdo de Castelar estuvo presente en el debate público y en el historiográfico. Dentro de este último, además de las dos biografías a las que me referiré a continuación, en los estudios monográficos que aparecieron en estos años sobre la Primera República, se analizaba su actuación, tanto en los meses que estuvo al frente del Ejecutivo como en sus intervenciones previas. De los varios historiadores que se ocuparon del periodo, únicamente el exrector de la Universidad de Salamanca, Enrique Esperabe y Arteaga hacía una defensa abierta de Castelar y lo exoneraba de las duras acusaciones de las que venía siendo objeto por parte de los propios republicanos desde hacía años. Si bien el académico admi-

⁴² *El Sol*, 15 de abril de 1934.

⁴³ *Ahora*, 16 de julio de 1935.

⁴⁴ Ruiz Manjón, 1976: 651-652.

⁴⁵ Álvarez Junco, 1991.

tía que este había cometido un error al entregar los mandos del Ejército a un grupo de militares abiertamente antirrepublicanos, consideraba que Castelar había adoptado esa postura movido por su patriotismo y con la voluntad de salvar a la República y a España; y como de la desobediencia del Ejército no podía responsabilizársele, resultaba imperativo, en su opinión, rehabilitar su memoria en el nuevo momento republicano abierto a partir del 14 de abril⁴⁶.

Frente a esta postura, otros historiadores, como Primalles y del Portillo, siguiendo los planteamientos pimargallianos, no dudaron en acusar a Castelar de haber sido el principal responsable de la caída de la República. Una caída que estos autores fechaban, no el 3 de enero de 1874, tras la entrada de Pavía en el Congreso, sino el 7 de septiembre del año anterior, después de su acceso a la presidencia del Ejecutivo con la condición de que se suspendieran los trabajos de la Asamblea Constituyente y de poder gobernar con facultades extraordinarias. En su opinión, tanto las condiciones impuestas, como el papel protagónico que le asignó al Ejército eran signo inequívoco del talante que animó el gobierno del último presidente de la República y del lugar muy secundario que la democracia tuvo en su proyecto político⁴⁷.

Esta ambivalencia en la interpretación de la actuación de Castelar durante la Primera República desaparecía, sin embargo, en las dos biografías aparecidas en estos años. La primera de ellas, *Castelar, el verbo de la democracia*, de Luis Guarner, constituía una verdadera hagiografía del personaje, de quien se alaban tanto sus dotes intelectuales y oratorias —«el solo nombre de Castelar era suficiente para que todas las naciones del mundo no solo reconocieran, sino que admiraran a la república española»—, como sus decisiones políticas, pues había sido el único en tener los arrestos necesarios para implementar las medidas enérgicas que entonces demandaba el país. Por ello, este autor condenaba a todos aquellos que durante años se habían dedicado a vituperar su imagen y su memoria, porque, en su opinión, su actuación era lo único realmente salvable de aquella República⁴⁸. La segunda biografía, *Castelar, hombre del Sinaí*, fue elaborada por Benjamín Jarnés, por encargo de Melchor Fernández Almagro. En ella, el foco se centra en destacar el aspecto menos controvertido de la carrera del orador gaditano: sus aportaciones a la Literatura y a la Historia; con este enfoque, el

⁴⁶ Esperabe, 1931: 50-51.

⁴⁷ Primalles y del Portillo, 1932: 241-242.

⁴⁸ Guarner, 1932: 36, 38-39.

biógrafo lograba sortear el escollo del posicionamiento ideológico y podía presentar una imagen edificante del personaje⁴⁹.

Finalmente, en el relato sobre Castelar aparecido en los manuales escolares de Historia o de Educación Cívica de estos años —que debió de ser el socializado de forma más intensiva—, se mostraba una imagen en general positiva del cuarto presidente de la Primera República, en la que se insistía en sus aptitudes intelectuales y morales, mientras se trataba de manera superficial su actuación política. Así lo hacía, por ejemplo, Victoriano Ascarza en su librito *Lecturas ciudadanas*, en donde Castelar era descrito como un gran patriota, amante de la libertad y de la democracia, que había recibido gran reconocimiento dentro y fuera del país por sus dotes oratorias; unas dotes que él siempre había puesto al servicio de la defensa de grandes ideales, como la abolición de la esclavitud⁵⁰. De modo que, en este último eslabón de la cadena historiográfica, así como también en las dos biografías mencionadas, la disputa política presente en las obras académicas se diluía, adquiriendo mayor importancia la potencial función ejemplarizante que podía tener el personaje.

En cuanto al debate público desarrollado a través de las páginas de la prensa, la presencia y la interpretación asignada a la memoria de Castelar fue cambiando entre los distintos periódicos y publicistas republicanos al hilo del acontecer político. La conmemoración del centenario de su natalicio en septiembre de 1932, del que, como señalamos, las autoridades gubernamentales no se hicieron eco, suscitó la primera gran oleada de evocaciones castelarinas, favorecidas probablemente por los actos promovidos desde algunas organizaciones privadas, como el Ateneo de Madrid. En el contexto todavía optimista del primer año y medio del gobierno de Azaña, casi todas ellas arrojaban una valoración positiva sobre el personaje. Así, por ejemplo, mientras Juan López Núñez, desde las páginas de *La Voz*, lo exoneraba de su tendencia al autoritarismo, pues consideraba que se había visto obligado a gobernar de forma inflexible, a causa de las circunstancias y aun en contra de sus convicciones⁵¹; Manuel Ciges Aparicio, uno de los amigos íntimos de Manuel Azaña, lo único que le reprochaba era que hubiera flaqueado «en el momento supremo» y que se hubiera acabado convirtiendo en una suerte de Boabdil, cuando, en su discurso del 2 de enero de 1874 dijo que, si le derrotaban en la vota-

⁴⁹ Jarnés, 1935.

⁵⁰ Ascarza, 1932: 42.

⁵¹ *La Voz*, 12 de julio de 1932.

ción, «se retiraría a su casa para llorar las desgracias de la patria»⁵². También la prensa republicana catalanista, eufórica ante la inminente aprobación del Estatuto de Nuria, se sumó a esta edulcorada recuperación de la memoria de Castelar, pues, como señalaba uno de los editorialistas de *L'Humanitat*, «en aquesta data, tot bon republicà, deixant de banda matisos, deu dedicar un peitós record a Emili Castelar»⁵³.

Sin embargo, un año más tarde, a raíz de la crisis de la coalición republicano-socialista y de la convocatoria de nuevas elecciones, la memoria de Castelar experimentó un deslizamiento dentro del imaginario republicano, ya que a partir de entonces esta pasó a ser reivindicada únicamente entre quienes se definieron de forma clara como partidarios de una república de orden; como lo hizo, entre otros, *Azorín*, tras el giro conservador que experimentó su pensamiento político a lo largo de aquellos meses⁵⁴. Así, el literato, declarado admirador del orador gaditano desde su juventud⁵⁵, en uno de sus artículos publicados en 1933 advertía que la única manera de salvar la república del 14 de abril era siguiendo los pasos de Castelar, pues él había sido el único que había triunfado, donde «los demás habían fracasado», al lograr poner en práctica «una política de atracción y conciliatoria», con la que se hubiera podido salvar la república, si sus correligionarios, movidos por la envidia, no se lo hubieran impedido; es decir, si hubieran apoyado su propuesta de mantener la dictadura republicana que se había establecido a partir de septiembre de 1873⁵⁶.

Tras el acceso de Lerroux a la presidencia del gobierno, pero, sobre todo, después de la Revolución de octubre, la identificación del líder de los radicales con el orador gaditano fue prácticamente unánime dentro del republicanismo, aunque no todas las familias le dieron la misma valoración. Si para demoliberales, como Roberto Castrovido o Antoni Rovira i Virgili, esta identificación tenía una fuerte carga peyorativa, pues suponía acusar a Lerroux de la misma deslealtad republicana y de la misma voluntad pretoriana que le asignaban a Castelar⁵⁷; para el

⁵² *El Sol*, 8 de septiembre de 1932.

⁵³ *L'Humanitat*, 7 de septiembre de 1932.

⁵⁴ Fuster García, 2018.

⁵⁵ Llorca, 1966: 330.

⁵⁶ *Luz*, 4 de febrero de 1933.

⁵⁷ Para la valoración de Castrovido, véase la pormenorizada glosa que se hizo del mismo en ABC, 17 de mayo de 1935; las opiniones de Rovira y Virgili en *L'Humanitat*, 13 de septiembre de 1933.

conservadurismo republicano, dicha identificación constituía una suerte de halago, ya que, como apuntó Gómez Chaix en un discurso pronunciado en 1935, la «república moderada» por la que el Partido Radical —igual que lo había hecho el tribuno gaditano— apostaba era la única forma posible de salvar el régimen, sobre todo de que cayera en las manos de quienes, en su opinión, tenían intención de acabar con ella, es decir, de los socialistas⁵⁸.

Al margen de esta asimilación entre ambos personajes, en 1935, don Miguel de Unamuno, convertido a la república de orden desde el periodo de las Cortes Constituyentes, en su reseña al libro de Jarnés al que aludíamos más arriba, hacía toda una vindicación de la memoria de Castelar, a quien consideraba de la madera de aquellos hombres con los que verdaderamente se construye la patria y la historia. Después de señalar que su gran aportación al republicanismo la había hecho durante la Restauración, al convertirse en una oposición consistente que había sentado las bases del reformismo posterior, afirmaba que solo recuperando sus planteamientos políticos podría la República de 1931 salvarse de quienes querían acabar con ella a base de reformas radicales e inmediatas⁵⁹. Este artículo de Unamuno constituyó una de las últimas alusiones a la memoria de Castelar realizadas desde las filas de quienes, al menos inicialmente, habían simpatizado con el proyecto republicano inaugurado en 1931. Durante la guerra, las evocaciones al personaje desaparecieron entre quienes defendieron el gobierno legítimamente constituido y, a partir de 1939, solo parece haber sobrevivido en el imaginario republicano que salió al exilio⁶⁰.

Castelar en los imaginarios conservadores antirrepublicanos de los años 30

Aunque con menos preponderancia que entre los simpatizantes con el proyecto republicano, la Primera República y, con ella, la figura de Emilio Castelar, también formaron parte del imaginario del conservadurismo antirrepublicano. De hecho, como señalábamos más arriba, durante la Restauración fueron muchos más los publicistas y políticos dinásticos los que se encargaron de difundir una valoración positiva del orador gaditano,

⁵⁸ Gómez Chaix, 1935: 10.

⁵⁹ *Ahora*, 22 de febrero de 1935.

⁶⁰ Duarte, 2009: 104.

que los propios republicanos. Tendencia, que, como veremos a continuación, no desapareció en estos años, aunque en ella surgieron matices derivados de la heterogeneidad de los grupos y partidos que conformaron las derechas antirrepublicanas durante los años 30⁶¹.

Debido al lugar marginal que estas ocuparon en el gobierno —como es sabido, solo durante unos meses de 1935, la CEDA y los Agrarios accedieron a puestos de este tipo— no tuvieron ningún tipo de injerencia en las políticas públicas de la memoria relacionadas ni con la República del 73 ni con Castelar. Asimismo, ningún académico simpatizante con estas ideas le dedicó un volumen monográfico; la única obra de este tipo —aunque no de factura propiamente académica— fue el librito *Los cuatro presidentes de la Primera República española*, publicado por el Conde de Romanones, ya en 1939, en donde presentaba una somera semblanza de cada uno de ellos. Sin embargo, la memoria tanto de aquella República, como sobre todo de quien fue su último presidente, siguieron formando parte del imaginario de este segmento del arco ideológico, en tanto que desempeñaban una función discursiva de utilidad en el contexto político y social de los años 30. Así, mientras que la forma de gobierno continuó siendo identificada como epítome de contravalores, con los que deslegitimar la nueva república establecida el 14 de abril, como hizo el Marqués de Lozoya en una serie de artículos publicados en *Acción Española* durante los primeros meses de 1932; a Castelar no solo se le identificó con una república de orden y conservadora, sino que algunos vieron en ciertas decisiones suyas —como la de cerrar la Asamblea y gobernar con facultades extraordinarias— un primer intento por acabar con la democracia, algo que en el contexto de entreguerras no era visto con reprobación, sino todo lo contrario, pues la democracia, descalificada por lenta e ineficiente, estaba siendo duramente cuestionada en estos años tanto por las derechas como por las izquierdas⁶².

La memoria de Castelar dentro del conservadurismo antirrepublicano contó, por tanto, con diversas lecturas durante este periodo, y resultó asimismo de gran utilidad retórica, porque, al evocarla, se apelaba supuestamente a los argumentos y a las percepciones de uno de los padres del republicanismo español, con lo que, en teoría, se reducía la posibilidad de réplica de los adversarios ideológicos. Además, esto solía hacerse repro-

⁶¹ González Calleja, 2011.

⁶² Juliá, 1995: 253-291; Egido, 2010: 147-164.

duciendo alguna de las famosas sentencias castelarinas — como el discurso en el que anteponía su españolismo a su republicanismo o aquel en que denunciaba que la Constitución federal había sido quemada en Cartagena—, con lo que la evocación adquiría un mayor peso simbólico. Por eso, las alusiones al personaje fueron recurrentes entre políticos y publicistas conservadores, e incluso también, como venía haciéndose desde el inicio de la Restauración, dentro del Ejército, como puede advertirse, por ejemplo, en actos como el homenaje que Queipo de Llano decidió hacerle a los pocos días de la apertura de las Cortes Constituyentes, cuando, acompañado de la guarnición de Madrid, acudió a las inmediaciones del mencionado monumento del madrileño Paseo de la Castellana a pronunciar un breve discurso patriótico, lanzarle vivas y dejarle una ofrenda floral⁶³.

En consonancia con los valores que este segmento de la opinión pública le venía atribuyendo al personaje desde las décadas pasadas, uno de los aspectos a los que se aludió de forma más frecuente fue a su patriotismo, fundado, por una parte, en su apuntada confianza en el Ejército como salvaguarda de la nación, y, por otra, como señalaba el Marqués de Lozoya, en su profundo conocimiento de la Historia de España (del que, implícitamente y de manera conveniente, este académico parecía despojar a los otros tres expresidentes). Gracias a esta vasta erudición — continuaba este autor— Castelar se había dado cuenta de que la única forma de asegurar la existencia de la nación era recurriendo «a sus grandes fuerzas tradicionales», que no eran otras que la Iglesia y el Ejército; por eso, prefirió sacrificar a la República —totalmente contraria a esas fuerzas tradicionales— para salvar a España⁶⁴. Aunque para ello, como apuntaba Natalio Rivas desde las páginas de *ABC*, tuviera que borrar «su propia historia en holocausto de España», rectificando «lo que siempre había propagado y difundido, cuando los hechos le convencieron de que lo reclamaba la salud» de la patria⁶⁵.

Junto al patriotismo, durante estos años, la figura de Castelar fue evocada también para denunciar los efectos perniciosos que las ideas socialistas tenían en la política, algo que contribuía a alimentar el mito de la amenaza comunista que había comenzado a difundirse por el país a partir de los años 20⁶⁶. Al haber sido el tribuno gaditano uno de los primeros en

⁶³ *La Calle*, 17 de julio de 1931.

⁶⁴ *Acción Española*, 1 de febrero de 1932.

⁶⁵ *ABC*, 26 de noviembre de 1933.

⁶⁶ García Fernández, 2005: 3-20.

denunciar — como se sabe, erróneamente — la injerencia de miembros de La Internacional en los disturbios sociales que tuvieron lugar a lo largo de 1873⁶⁷, algunos políticos, como el líder de Renovación Española, Antonio Goicoechea, aludieron a su memoria para advertir sobre el peligro que tenía para España la coalición republicano socialista que había comenzado a gobernar el país a partir del verano de 1931, pues entonces, igual que en 1873, en España no había en realidad republicanos, por lo que eran los socialistas quienes movían los hilos de la política, con la presumible intención de hacer del país una república soviética⁶⁸. «Para Castelar —sentenciaba en esta misma línea un editorialista de *El Siglo Futuro*— el socialismo era el mayor absurdo. Y lo era, primero, porque el socialismo desembocaba en comunismo; y, segundo —remataba el publicista— porque el socialismo se resuelve en absolutismo más o menos disfrazado»⁶⁹; por eso, el que los propios republicanos de los años 30, que alardeaban de espíritu democrático, desoyeran las enseñanzas de uno de sus hombres más preclaros parecía resultar un despropósito para los representantes de este segmento de la opinión pública.

Por otra parte, la memoria de Castelar también fue evocada para demostrar la importancia que las creencias religiosas y la Iglesia católica tenían como elemento vertebrador de la sociedad española, como ponían de manifiesto, según algunos publicistas, las perniciosas consecuencias que estaba teniendo el proceso de secularización que se había puesto en marcha a partir de 1931. Para ello, obviamente, resultaba necesario despojar al orador gaditano de su larga y afamada reputación como defensor de esas ideas secularizadoras, y poner, por el contrario, el acento, tanto en sus convicciones íntimas —que nunca ocultó—, como en sus contactos con la Santa Sede, tanto durante los meses en que ocupó la presidencia de la República como después. Unos contactos, que, según el Marqués de Lozoya, en el contexto de 1873, habían sido necesarios para que el país pudiera recuperar parte de la normalidad que había perdido después del 11 de febrero y que solo Castelar podía restablecer, porque había sido el único de los cuatro expresidentes que nunca había abandonado su fe religiosa⁷⁰. Rasgo que destacaba asimismo la escritora y maestra tradicionalista Dolores Gortazar, quien recordaba haber visto —siendo ella niña—

⁶⁷ Jover Zamora, 1991: 67-68.

⁶⁸ *La Nación*, 2 de noviembre de 1931.

⁶⁹ *El Siglo Futuro*, 22 de diciembre de 1931.

⁷⁰ *Acción española*, 1 de febrero de 1932.

en el despacho del político republicano, un reclinatorio en donde él se arrodillaba piadosamente para rezar⁷¹. Esta relectura catequizante y catequizada de Castelar llegó al punto de que una publicación tan confesional como *La Cruzada Católica* le dedicara un editorial en el que, además de subrayar su papel en el restablecimiento de las relaciones con la Santa Sede en 1873, se aprovechaba para denunciar la actitud esquiva y distante que los republicanos mostraban hacia el personaje, el único de los expresidentes que realmente había hecho algo por España⁷².

Finalmente, la evocación del recuerdo de Castelar también sirvió a este segmento de la opinión pública para demostrar la obsolescencia y la ineficacia de la democracia como forma de gestionar la política; ya que, independientemente de que se apostara por el autoritarismo moderno de corte fascista, por el tradicionalismo o incluso por el ya envejecido moderantismo o conservadurismo de raigambre liberal, lo que para todos parecía resultar inadmisibles eran ciertos procedimientos, como el sufragio efectivo, el debate parlamentario o el establecimiento de políticas destinadas a procurar la igualdad de oportunidades entre todos los individuos. Sobre los peligros de la democracia ya había advertido Castelar al poco del final de la Primera República —como recordó el escritor carlista Casariego en la primavera de 1936— cuando sentenció que «[esta] era un régimen completamente agotado»; por eso, la nueva edición de democracia republicana inaugurada en 1931 resultaba a sus ojos algo anacrónico, y lo único que podía esperarse de ella era que terminara de la misma forma en que había concluido la experiencia anterior⁷³. Planteamiento con el que coincidía en buena medida el Marqués de Lozoya, para quien, el peor enemigo al que había tenido que hacer frente Castelar no habían sido las tres guerras que se libraban de forma simultánea en territorio español o ni siquiera los desórdenes sociales, sino la Asamblea, cuyo poder omnímodo impedía todo ejercicio de gobierno. Esa había sido la razón de que —según señalaba el catedrático valenciano— hacia finales de 1873, «Castelar, como Bolívar, era un escéptico de la democracia y pasaba por encima de ella para robustecer el poder público»⁷⁴. De modo que, para el conservadurismo antirrepublicano de los años 30, el «ruiseñor de la democracia» había acabado por convertirse en un buen promotor de la idea antagonica.

⁷¹ *La Nación*, 25 de septiembre de 1931.

⁷² *La Cruzada Católica*, mayo de 1934.

⁷³ *El Siglo Futuro*, 14 de abril de 1936.

⁷⁴ *Acción Española*, 1 de febrero de 1932.

Debido a la identificación con estos y otros valores, así como al efecto retórico que tenía la apelación a Castelar, este fue abundantemente aludido en discursos pronunciados dentro y fuera del Congreso, sobre todo por aquellos políticos, como Antonio Goicoechea y Antonio Royo Villanova, que se declaraban abiertamente herederos de su proyecto⁷⁵. Así, si el primero de ellos, sobre todo durante el segundo bienio, señaló en más de una ocasión que él, igual que Castelar, antepone la salvaguarda de la nación a la conservación de la República y que, por ello, era partidario de asignar mayores competencias al Ejército, dada la situación crítica por la que atravesaba el país⁷⁶; el segundo, en unas declaraciones a la prensa poco después de la Revolución de octubre, afirmó que si Espartero o Castelar vivieran en ese momento militarían en el Partido Agrario fundado por él, pues compartían los mismos ideales y habrían adoptado las mismas medidas que ellos entonces proponían al gobierno⁷⁷. Incluso Gil Robles, a pesar de su pragmatismo y de su visión accidentalista de las formas de gobierno, también aludió en alguna ocasión al orador gaditano, en su caso, para defender la libertad de expresión que, en su opinión, la Ley de Defensa de la República iba a conculcar⁷⁸.

Asimismo, el ascendente simbólico de Castelar dentro de este segmento de la opinión pública llevó a que fueran habituales los elogios comparativos en los que él figuraba como referente. Además de la mencionada identificación de Lerroux a partir de octubre de 1934 —injusta, en opinión de Goicoechea, puesto que Castelar, mucho más patriota que el líder de los radicales, habría actuado en una circunstancia similar con mucha mayor contundencia⁷⁹—, un editorialista de *La Nación* equiparó a Calvo Sotelo con Castelar, debido a sus dotes oratorias, aunque, en opinión del publicista, las del primero llegaban incluso a superar las del segundo, al abandonar las florituras y ripios de las que solía hacer gala el segundo⁸⁰; mientras que Pemartín, por su parte, aseguraba que Royo Villanova era algo así como la edición contemporánea de Castelar, pues am-

⁷⁵ Las frecuentes apelaciones que estos dos políticos hicieron a Castelar en sus discursos en el Congreso provocaron más de un comentario irónico en la crónica que Margarita Nelken escribía para *El Socialista* (10 de agosto de 1932; 18 de agosto de 1932, etc.)

⁷⁶ *El Siglo Futuro*, 9 de abril de 1935.

⁷⁷ *El Siglo Futuro*, 6 de noviembre de 1934.

⁷⁸ *El Debate*, 26 de agosto de 1931.

⁷⁹ *La Nación*, 9 de abril de 1935.

⁸⁰ *La Nación*, 11 de abril de 1935.

bos habían demostrado que su amor a España estaba por encima de su republicanismo⁸¹.

Esta exaltación castelarina por parte de las derechas españolas de los años 30 desapareció tras el estallido de la Guerra Civil; a partir de entonces ni los políticos ni los publicistas, ni los militares simpatizantes con la causa del Ejército sublevado aludieron al líder republicano. Únicamente el Conde de Romanones, en el librito mencionado más arriba, le dedicaba una semblanza que iniciaba con un claro guiño de simpatía hacia el personaje. Castelar «descuella sin duda alguna sobre los otros tres [presidentes] que le precedieron —comenzaba diciendo el viejo político dinástico— (...) es la figura cumbre de la política española en la segunda mitad del siglo XIX», solo superado en brillantez por Cánovas; por eso, sus correligionarios de entonces, movidos por la envidia, boicotearon su plan de gobierno, provocando con ello la caída de la República⁸². Así, aunque marginal, el recuerdo de Castelar dentro del conservadurismo mantuvo hasta el final de estos años la valoración positiva que había tenido desde el inicio de la Restauración.

Castelar en los imaginarios del movimiento obrero de los años 30

Finalmente, el movimiento obrero, que durante el Sexenio Democrático había experimentado un desarrollo sin precedentes, estrechamente vinculado entonces a la movilización republicana⁸³, también evocó la República de 1873 durante los años 20 y 30, con la intención, sobre todo en el caso del Partido Socialista, de legitimar históricamente su filiación republicana, así como de demostrar su apuesta por la democracia, que en su formulación solo adquiriría verdadera carta de naturaleza cuando esta estuviera dirigida por la clase obrera⁸⁴. Por eso, aunque en los meses que siguieron al 14 de abril, las alusiones que políticos y publicistas socialistas hicieron al proyecto republicano decimonónico presentaban una imagen positiva y edificante de este, a medida que las tensiones entre estos y los representantes de los partidos republicanos —de manera específica el liderado por Lerroux— comenzaron a hacerse más intensas, la República

⁸¹ *El Debate*, 16 de julio de 1932.

⁸² Romanones, 1939: 117, 135.

⁸³ Miguel González, 2007: 162-183; Felipe Redondo, 2012: 285-301.

⁸⁴ Juliá, 1996: 137-138; Martí Bataller, 2017: 135-136.

del 73 comenzó a ser evocada como un proyecto fallido, cuyos programas y partidos resultaban ya inútiles y anacrónicos para el establecimiento de la república socialista⁸⁵. Por su parte, otros segmentos del movimiento obrero, como el anarquismo y el anarcosindicalismo, a pesar de sus suspicacias hacia el proyecto político de la democracia republicana, al haber surgido las primeras asociaciones de trabajadores de las que ellos se sentían herederos de los entornos del federalismo parecían sentir hacia el republicanismo —al menos en su versión federal⁸⁶— ciertas simpatías, como en alguna ocasión confesó Federica Montseny⁸⁷, por lo que las evocaciones a la República de 1873 tampoco fueron infrecuentes.

Sin embargo, en la recuperación de la memoria de aquella república por parte del movimiento obrero se dedicó un espacio muy limitado a la actuación de los cuatro expresidentes, salvo Pi y Margall, aunque incluso en este caso las evocaciones fueron escasas. Al centrar su atención fundamentalmente en la situación de la clase obrera, cuyo potencial revolucionario había sido instrumentalizado y traicionado por una burguesía egoísta y timorata⁸⁸, la actuación política de aquellos cuatro hombres, que no dejaban de ser miembros de esa espuria burguesía, solía ser evocada de manera tangencial y sin hacer grandes distinciones entre ellos. Emilio Castelar no constituyó una excepción a este respecto, a pesar de que, tanto por su acción como por su pensamiento, podría haberse convertido retóricamente en un útil contraejemplo. Sin embargo, tanto en la prensa como en los discursos políticos fueron muy escasas las alusiones a su persona, más allá de la mencionada identificación que se hizo entre él y Lerroux, a la que se refirió, entre otros, Juan S. Vidarte, en un mitin pronunciado en Zafra poco antes de las elecciones en las que aquel saldría victorioso⁸⁹.

Más allá de esto, entre las escasas alusiones al personaje aparecidas en la prensa obrera de estos años, cabría destacar un artículo de Felipe Aláiz en *Revista Blanca*, que podría resultar emblemático del lugar que ocupaba el político republicano en el imaginario de este segmento de la opinión pública. Para Aláiz, el rasgo más positivamente destacable de Castelar lo constituía su capacidad de oratoria, pues, tras su muerte, la calidad de los discursos en el Congreso había mermado considerablemente.

⁸⁵ *El Socialista*, 11 de febrero de 1933.

⁸⁶ Barrio Alonso, 2016: 165-186.

⁸⁷ *Revista Blanca*, 15 de diciembre de 1928.

⁸⁸ Juliá, 1996: 31-32.

⁸⁹ *El Socialista*, 31 de octubre de 1933.

Sin embargo, este mérito no podía soslayar las muchas otras facetas negativas que rodeaban la vida y la obra del personaje. Entre ellas, por ejemplo, la elevada imagen que tenía de sí mismo, que hacía que, «cuando se hallaba ante el auditorio», no pudiera verlo, porque «su hinchazón, que [él] llamaba elocuencia, era eso: no ver a nadie». También, la forma en que había llevado a la práctica sus ideas políticas, pues, en opinión de Aláiz, «Castelar tenía una idea de la democracia aproximadamente igual a la que tiene un clérigo del cielo», por eso, «en el momento de probar [sus] virtudes (...), ordenaba cincuenta y tres fusilamientos», con lo que «la democracia quedaba llorando en un rincón». Finalmente, respecto a su actuación concreta en la presidencia del gobierno durante la República de 1873, además de denunciar la forma «feroz» en la que había reprimido el movimiento cantonalista, criticó duramente «sus excesivas simpatías hacia los militares», así como su talante autoritario; ambas cosas habían hecho de él — como coincidían en señalar algunos de los demoliberales a los que aludíamos más arriba— símbolo de la dictadura pretoriana en que había acabado convertida aquella República⁹⁰. De modo que, como se puede apreciar, a pesar del lugar marginal que Castelar tuvo en el imaginario del movimiento obrero, tampoco careció de él.

Reflexiones finales

Como hemos pretendido mostrar en estas páginas, la memoria de Emilio Castelar estuvo presente en el imaginario de todas las culturas políticas de los años 30, aunque en grado variable en función de la utilidad que tenía para legitimar propuestas propias o deslegitimar las del adversario. En consonancia con lo que venía ocurriendo desde las décadas previas, su recuerdo fue capitalizado mucho más por el conservadurismo —ya fuera este republicano o antirrepublicano—, que por el progresismo —ya fuera de raigambre liberal o de filiación socialista—. Este último, salvo en momentos de euforia republicana, mostró, en general, un evidente desapego hacia la figura del político gaditano, al que normalmente se aludió poco y, cuando esto se hizo, siempre subrayando su vocación autoritaria, su militarismo y su traición a los principios y las prácticas republicanas y democráticas.

⁹⁰ *Revista Blanca*, 23 de noviembre de 1934.

Para el conservadurismo, sin embargo, Emilio Castelar constituyó un ejemplo precisamente por esas mismas cualidades. Tanto para los radicales de Lerroux, como para los agrarios de Royo Villanova o los «renovacionistas» de Goicoechea, la única república posible era la república de orden que el tribuno gaditano había diseñado durante los últimos meses de 1873, pero sobre todo a lo largo de la Restauración; mientras que para el conservadurismo más radicalmente antidemocrático, como el representado por figuras como el Marqués de Lozoya, el legado de Castelar consistía en haber sido uno de los primeros en demostrar las ineficiencias de la democracia y la necesidad de implementar modelos políticos que suprimieran de forma definitiva el estéril debate parlamentario.

Estas distintas lecturas de Castelar durante los años 30 ponen en evidencia, en todo caso, la fuerte politización de que fue objeto la memoria de este líder republicano, de la que apenas se sustrajeron algunos trabajos, entre los que destacaría la biografía de Jarnés, centrada en rescatar sus aportaciones académicas. El «mito de Castelar», por tanto, creado antes de la Primera República, pervivía todavía varias décadas después, con la consecuente deriva de presentar una imagen excesivamente simplificada y maniquea del personaje, reduciéndolo a símbolo de orden o emblema de la dictadura, sin abundar en la riqueza de matices y en la complejidad propia de cualquier biografía, pero, más si cabe, en la de personalidades intensas como lo fue el orador gaditano.

Bibliografía

Fuentes hemerográficas

- ABC*, 1928, 1933
- Acción Española*, 1932
- Ahora*, 1935
- La Calle*, 1931
- El Correo Militar*, 1886
- Cruzada Católica*, 1934
- El Debate*, 1931, 1932
- Don Quijote*, 1893
- La Época*, 1899
- El Globo*, 1876, 1881, 1887, 1900
- L'Humanitat*, 1932, 1933
- La Iberia*, 1875

El Liberal, 1931
Luz, 1933
El Motín, 1886
La Nación, 1931, 1935
El Nuevo Régimen, 1899
El País, 1899
Revista Blanca, 1928, 1934
El Siglo Futuro, 1931, 1934, 1935, 1936
El Socialista, 1926, 1932, 1933
El Sol, 1932, 1933, 1934
La Voz, 1932

Bibliografía citada

- ÁLVAREZ JUNCO, José, *El emperador del Paralelo: Lerroux y la demagogia populista*, Barcelona, RBA, 2012.
- ASCARZA, Victoriano F., *Lecturas ciudadanas*, Madrid, Magisterio Español, 1932.
- BARRIO ALONSO, Ángeles, «Libertad, solidaridad y autogestión en el federalismo libertario», en SUÁREZ CORTINA, Manuel (coord.): *Federalismos. Europa del Sur y América Latina en perspectiva histórica*, Granada, Comares, 2016, pp. 165-186.
- BEN-AMI, Shlomo, *Los orígenes de la Segunda República. Anatomía de una transición*, Madrid, Alianza, 1991.
- CABRERA, Miguel Ángel, «La investigación histórica y el concepto de cultura política», PÉREZ LEDESMA, Manuel y SIERRA, María (eds.): *Culturas políticas. Teoría e historia*, Zaragoza, CSIC/Diputación de Zaragoza, 2010, pp. 19-86.
- CAMPOS PÉREZ, Lara, *Celebrar la nación. Conmemoraciones oficiales y festejos durante la Segunda República*, Madrid, Marcial Pons, 2016.
- CUESTA, Josefina, *La odisea de la memoria. Historia de la memoria en España. Siglo XX*, Madrid, Alianza, 2008.
- DE DIEGO, Javier, *Imaginar la república: la cultura política del republicanismo español, 1876-1908*, Madrid, CEPC, 2008.
- DEL PORTILLO, Eduardo y PRIMALLES, Carlos, *Historia política de la Primera República española*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1932.
- DUARTE, Ángel, *El otoño de un ideal. El republicanismo histórico español y su declive en el exilio de 1939*, Madrid, Alianza, 2009.
- DUARTE, Ángel, *El republicanismo. Una pasión política*, Madrid, Cátedra, 2013.
- DUARTE, Ángel, «Estanislao Figueras», en OROBON, Marie-Angèle et al. (dis.): *Diccionario simbólico del republicanismo histórico español*, Granada, Comares, 2024, pp. 145-148.

- EGIDO, Ángeles, «Republicanism and crisis of democracy in Spain», in CASAS SÁNCHEZ, José Luis and DURÁN ALCALÁ, Francisco (coords.): *El republicanismo ante la crisis de la democracia: una perspectiva comparada (1909-1939)*, Córdoba, Patronato Niceto Alcalá Zamora/ Universidad de Córdoba, 2010, pp. 147-164.
- ESPERABE Y ARTEAGA, Enrique, *España Contemporánea. Las dos repúblicas. Reinado de los Borbones. El momento político*, Salamanca, Imprenta Francisco Núñez, 1931.
- FELIPE REDONDO, Jesús de, *Trabajadores. Lenguaje y experiencia en la formación del movimiento obrero español*, Santander, Genueve, 2012.
- FUSTER GARCÍA, Francisco, «El devenir de una ilusión. Azorín ante la Segunda República», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 2018, disponible en línea.
- GABRIEL, Pere, «Pi y Margall and the federalism popular and democratic. The marble of the people», *Historia Social*, n.º 48, 2004, pp. 49-68.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, Hugo, «Historia de un mito político: el peligro comunista en el discurso de the right Spanish (1918-1936)», *Historia Social*, n.º 51, 2005, pp. 3-20.
- GÓMEZ CHAIX, Pedro, *Los republicanos históricos*, Málaga, Imprenta Zambrana, 1935.
- GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza, 2011.
- GUARNER, Luis, *Castelar, verbo de la democracia*, Valencia, Cuadernos de Cultura, 1932.
- HIGUERAS CASTAÑEDA, Eduardo, *Manuel Ruiz Zorrilla. Con los Borbones jamás*, Madrid, Marcial Pons, 2016.
- JARNÉS, Benjamín, *Castelar, hombre del Sinaí*, Madrid, Espasa-Calpe, 1935.
- JOVER ZAMORA, José María, *Realidad y mito de la Primera República*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991.
- JULIÁ, Santos, «Liberalism early, democracy late: the case of Spain», in DUNN, John (ed.), *Democracy. The unfinished journey (508 BC-1993 AD)*, Barcelona, Tusquets, 1995, pp. 253-291.
- JULIÁ, Santos, *Los socialistas en la política española (1879-1982)*, Madrid, Taurus, 1996.
- LLORCA, Carmen, *Emilio Castelar. Precursor de la democracia cristiana*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996.
- MIGUEL GONZÁLEZ, Román, *La pasión revolucionaria. Culturas políticas republicanas and mobilization popular in the Spain of the XIX century*, Madrid, CEPC, 2007.
- MARTÍ BATALLER, Aurelio, *España socialista. El discurso nacionalista del PSOE during the Second Republic*, Madrid, CEPC, 2017.
- NÚÑEZ DE ARCE, Gaspar, *Gritos del combate*, Madrid, Librería de Fernando Fé, [1875] 1885.

- OROBON, Marie-Angèle, «Emilio Castelar», en OROBON, Marie-Angèle *et al.* (dis.): *Diccionario simbólico del republicanismo histórico español*, Granada, Comares, 2024, en prensa.
- OROBON, Marie-Angèle y LAFUENTE, Eva, «Introducción», en *ibid.* (coords.), *Hablar a los ojos. Caricatura y vida política en España (1830-1918)*, Zaragoza, PUZ, 2021, pp. 9-32.
- PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio, «Entre la historia y la memoria: poderes y usos sociales en juego», en *Memoria histórica*, Madrid, CSIC, 2010, pp. 23-69.
- PEYROU, Florencia, *Tribunos del pueblo. Demócratas y republicanos durante el reinado de Isabel II*, Madrid, CEPC, 2008.
- PI Y MARGALL, Francisco, *La República de 1873. Apuntes para escribir su historia*, Madrid, Imprenta de Aribau, 1874.
- PI Y MARGALL, Francisco y PI Y ARSUAGA, Francisco, *Historia de España en el siglo XIX*, Barcelona, Miguel Seguí, 1902.
- PRO, Juan, «Emilio Castelar: el poder de la palabra», en ÁLVAREZ JUNCO, José, CRUZ, Rafael, PEYROU, Florencia *et al.*, *El historiador consciente. Homenaje a Manuel Pérez Ledesma*, Madrid, UAM Ediciones/ Marcial Pons Historia, 2015, pp. 313-332.
- PUIG CAMPILLO, Antonio, *Historia política de la Primera República. El Cantón murciano*, Cartagena, Vda. De Carreño, 1932.
- ROMANONES, Conde de, *Los cuatro presidentes de la República*, Barcelona, Espasa-Calpe, 1939.
- RUIZ MANJÓN, Octavio, *El Partido Republicano Radical*, Madrid, Tebas, 1976.
- SUÁREZ CORTINA, Manuel, *El león durmiente. Democracia, republicanismo y federalismo en España, 1812-1936*, Santander, Universidad de Cantabria, 2022.
- VILCHES, Jorge, *Emilio Castelar. La patria y la república*, Madrid, Biblioteca Nueva.

Financiación

Durante el periodo en que se llevó a cabo la investigación y redacción de este artículo, su autora gozó de una beca María Zambrano financiada con fondos europeos y adscrita a la Universidad de Cantabria.

Datos de la Autora

Lara Campos Pérez es Doctora en Historia de la Comunicación Social por la Universidad Complutense de Madrid (2009), desde 2012 trabaja como profesora Titular en el Instituto Politécnico Nacional, en la Ciudad de México y entre 2022-2024 disfrutó de una beca de excelencia María Zambrano, adscrita a la Universi-

dad de Cantabria. Dentro de su trayectoria investigadora, sus líneas principales de trabajo son la historia cultural de la política, la construcción simbólica del poder a través de imágenes y rituales, el nacionalismo, así como la historia de los lenguajes y prácticas republicanas. Sobre estas temáticas tiene numerosas publicaciones, entre ellas, artículos en revistas de alto impacto, como *Historia y Política*, *Hispania* o *Revista de Indias*, o los libros monográficos *Los relatos de la nación. Iconografía de la idea de España en los manuales escolares (1931-1983)* (Madrid, CEPC, 2010) y *Celebrar la nación. Conmemoraciones nacionales y festejos durante la Segunda República* (Madrid, Marcial Pons, 2016). Recientemente a coordinado el *Diccionario simbólico del republicanismo histórico español, siglos XIX y XX* (Granada, Comares, 2024) en el que se entretajan varias de estas líneas de trabajo.